

Transdisciplinar

Revista de Ciencias Sociales

Vol. 3 Núm. 6 Enero-Junio 2024

ISSN: 2683-3255



UANL®

CENTRO
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

Transdisciplinar

Revista de Ciencias Sociales

Cómo seguir el hilo de la razón... México y los mexicanos según Lesley B. Simpson

How to follow the thread of reason... Mexico and Mexicans according to Lesley B. Simpson

Edgar Iván Espinosa Martínez
<https://orcid.org/0000-0002-3801-7479>
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez,
Ciudad Juárez, Chihuahua, México

Fecha entrega: 24-06-2023 Fecha aceptación: 28-11-2023

Editor: Beatriz Liliana De Ita Rubio. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2024, Espinosa Martínez, Edgar Iván. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/transdisciplinar3.6-91>

Email: edgarivan.espinosamartinez@gmail.com

Cómo seguir el hilo de la razón...

México y los mexicanos según Lesley B. Simpson

How to follow the thread of reason...

Mexico and Mexicans according to Lesley B. Simpson

Edgar Iván Espinosa Martínez¹

Resumen: El presente artículo trata sobre el libro *Many Mexicos*, escrito por el historiador estadounidense Lesley Byrd Simpson. Publicado por primera vez en 1941 y con numerosas ediciones, el texto aborda la historia de nuestro país (desde la etapa precolombina hasta las primeras décadas del siglo XX). El propósito es identificar, a partir de la escritura de la historia, su caracterización tanto de México como de los mexicanos. Así, aspectos como la cultura, las costumbres y las tradiciones las identifica a la par de ciertas condiciones, personajes y eventos que han conformado la historia nacional.

Palabras clave: México, historia, historiografía, cultura mexicana.

Abstract: This article deals with the book *Many Mexicos*, written by the American historian Lesley Byrd Simpson. First published in 1941 and with numerous editions, the text deals with the history of our country (from the pre-Columbian stage to the first decades of

¹ Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, Chihuahua, México. edgarivan.espinosamartinez@gmail.com <https://orcid.org/0000-0002-3801-7479>

the 20th century). The purpose is to identify, from the writing of history, its characterization of both Mexico and Mexicans. Thus, aspects such as culture, customs and traditions identify them along with certain conditions, characters and events that have shaped the national history.

Key words: Mexico, history, historiography, cultura mexicana.

México es un país desatento con la obra de los extranjeros que lo estudian y lo aman. Nuestra mentalidad de víctimas nos ha restado libertad y sensibilidad para reconocernos en las miradas externas. Una suerte de eterno solipsismo nos condena a juzgarnos siempre bajo premisas internas. El resultado es la irrealidad y la inmadurez.

Enrique Krauze

Planteamiento

El presente artículo trata sobre la “escritura de la historia”. La expresión se le debe a Michel de Certeau (1925-1986) e identifica una serie de procedimientos que definen el trabajo del historiador, el cual conceptualiza como “operación historiográfica”.² En dicha premisa, el historiador jesuita francés identifica ciertas prácticas realizadas desde un *lugar* (en este caso, un ambiente

2 Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, p. 20. Al respecto, el autor argumenta: En supposant un mise á distance de la tradition et du corp social, l'historiographie s'appouie en dernier ressort et de tout la société. La “faire de l'historire” s'arc-boute sur un pouvoir politique qui créé un lieu propre (cité, nation, etc.) où un voulior peut et droit écrire (construire) un système (un rason articulant des pratiques). Y agrega: D'un autre part, le pouvoir droit se légitimer affecter à la forcé qui le rend effectif un autorité qui le rend croyable. D'autre part, le rapport entre un “vouloir faire l'histoire” (un sujet de l'opération politique) et l' “environnement” sur lequel se découpe un pouvoir de décision et d'action, appelle un analyse des variables mise en jue par tout intervention qui modifique ce rapport de forces, un art que manipule la complexité en fonction d'objectifs, et donc un “calcul” des relations posibles entre un voulior (celui le prince) et un tableau (les données d'un situation).

académico institucional). Desde tal ámbito, se delinearán tanto las posibilidades como las limitaciones sobre lo que se investiga (objetos de estudio, teorías, conceptualizaciones, metodologías). Tal planteamiento logra identificar el vínculo entre Historia y Política, a partir del cual se comprende el *lugar* desde donde el historiador se desempeña. En concreto, se trata del *lugar* (ámbito con reglas propias) que le permite al oficio, a su vez, *legitimar* (otorgándole autoridad) sus actividades (operaciones, prácticas). En última instancia, la propuesta del autor pugna por una mayor eficacia al ejercer el oficio a partir de mejores controles para una práctica cada vez más científica.

Expuesto en estas breves líneas, la propuesta a la que apelamos pareciera ponernos ante una disyuntiva: por un lado, aparentaría poseer un carácter inamovible e imperturbable; por otro, ese supuesto carácter nos animaría a cuestionarla. En todo caso, de Certeau llama a reflexionar sobre los mecanismos científicos de una disciplina como la historia que pueden ser útiles para el análisis de procesos acontecidos en otras épocas -los cuales cobran relevancia para entender nuestro presente. Al propio tiempo, nos advierte que una obra de historia -y toda actividad en general-, se realiza desde un ambiente -en este caso, cognitivo- previamente establecido. Al aceptar y encarar tal reto, el historiador se ve obligado a hacer autocrítica no solo del oficio que ejerce, sino también respecto a su momento y su cultura.

A partir de tal premisa, nos proponemos abordar un texto (parte de su propuesta historiográfica) de un autor estadounidense de la primera mitad del siglo XX que versa sobre México y los mexicanos.

“El otro” como objeto de estudio: la historiografía estadounidense sobre México

México, como objeto de estudio, ocupa un lugar preponderante en la tradición historiográfica estadounidense; condiciones y problemáticas de diverso tipo (geográficas, económicas, políticas, culturales) presentes -al menos- desde la segunda mitad del siglo XIX, han “obligado” a intelectuales y académicos de aquel país a interesarse por ese vecino del sur. Estudios recientes suelen identificar el inicio de dicha tradición con la obra de William Hickling Prescott (1796-1859),³ textos como *The history of the conquest of Mexico* publicado en 1843, lo ubican como el iniciador de los estudios que desde Estados Unidos se han elaborado no sólo sobre nuestro país, sino también de ese vasto entorno denominado América Latina.⁴

Otro personaje que destaca en el estudio del tema es Hubert Howe Bancroft (1832-1918). Uno de sus méritos fue integrar al estudio de la historia de Estados Unidos los vastos territorios del Oeste (incluso Alaska, adquirido en 1867 e incorporado a la Unión en 1959). Como se sabe, parte de su obra -*The Works of Hubert Bancroft*, que consta de 39 volúmenes los cuales se publicaron entre 1875 y 1891-, la dedica a México [vols. IX-XIV] en un periodo que abarca de la Conquista hasta el Porfiriato [1521-1887].⁵

3 Pedro L. San Miguel, “Muchos Méxicos”. Imaginarios históricos sobre México desde Estados Unidos, p. 271.

4 En tal sentido, valga señalar otro trabajo destacado de este historiador estadounidense: *The history of the conquest of Peru* [1847]. Si a ello se le suman sus investigaciones sobre la unificación de los reinos de la península ibérica bajo los monarcas católicos y el posterior dominio del Imperio español hacia el siglo XVI, puede concluirse que nos encontramos ante el primer “hispanista”.

5 Como su antecesor Prescott, Bancroft investigó temas más allá de

En esa línea argumentativa, también cabría mencionar a Frederick Jackson Turner (1860-1932). Figura emblemática de la historiografía estadounidense a fines del siglo XIX gracias a su *frontier thesis*, en ella postula cómo la expansión hacia la costa del Pacífico significó el impulso decisivo para el asombroso desarrollo de aquel país.⁶ Un aspecto clave de la tesis fue el concepto *borderlands*: es decir, aquellos espacios al oeste del Mississippi ocupados por “el otro” (las culturas indígenas de Norteamérica y la herencia hispánica establecida desde la etapa colonial). Fue tal el impacto de la tesis de frontera que, a unos lustros de haber iniciado el siglo XX, H. E. Bolton elaboró el concepto de *spanish borderlands*; bajo tal premisa, hacía alusión al dilatado periodo novohispano y sobre una empresa particular en el septentrión: la expansión del cristianismo a través de instituciones clave (misiones, presidios) y personajes relevantes (Cabeza de Vaca, Kino).

A partir de esos sólidos antecedentes, es posible encontrar una pléyade de autores que comparten al menos dos rasgos: tanto su erudición como su interés por la tradición y cultura hispánica. Incluso la obra que desde otras áreas de estudio elaboraron W. Irving (con su trabajo biográfico sobre Colón), G. Ticknor (conocedor de la literatura española), H. W. Longfellow (también conocedor de las letras hispánicas), hasta H. Mann (novelista), en cierto modo dieron continuidad a lo elaborado por aquellos historiadores pioneros.

la geografía estadounidense. Ese fue el caso de los volúmenes sobre América Central, siglos XVI-XIX.

6 Dicha tesis fue presentada en 1893. Será hasta 1921 cuando en Nueva York, Henry Holt and Company publica *The frontier in American history*, libro que incluye en el capítulo I aquel seminal y célebre planteamiento.

Asimismo, desde el campo de la incipiente arqueología en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, destacan los trabajos de A. F. Bandelier, J. L. Stephens y W. H. Holmes. Sus investigaciones -aun cuando ahora pueden ser consideradas de aficionados-, pusieron su atención en el entorno mesoamericano y abrieron áreas de estudio hacia temas como el “descubrimiento” de América y la “conquista” de México. En este ambiente, el impacto institucional toma fuerza y se hace presente con el compromiso (patrocinio) de algunas de las más poderosas e influyentes universidades estadounidenses (Harvard, Yale, Berkeley). En consonancia con lo anterior, es necesario indicar la aparición de la *Hispanic American Historical Review*, cuyo primer número se publicó en 1918 por Duke University.

Como se ha explicado, ciertos episodios del acontecer nacional han llamado la atención (incluso preocupado) en Estados Unidos no sólo a académicos, sino también a escritores. Tomemos como referencia a la Revolución Mexicana y la obra que sobre dicho tema se elaboró en su momento por los autores norteamericanos identificados como “militantes”.⁷ Desde las crónicas comprometidas de J. S. Reed [*Insurgent Mexico*, 1914] y J. K. Turner [*Barbarous Mexico*, 1911], hasta las sólidas investigaciones de F. Tannenbaum [*Méxican agrarian revolution*, 1929 y *Peace by revolution: Mexico after 1910*, 1933], muestran la multiplicidad de enfoques que se generaron desde aquel país sobre el nuestro. Cabe mencionar que parte de la obra de Prescott, Bolton y Tannenbaum es utilizada por el autor en el texto abordado.

7 Mauricio Tenorio, “Viejos gringos. Radicales norteamericanos en los años treinta y su visión de México”, *Secuencia* (1991) 21 septiembre-diciembre: 99.

De este breve recorrido puede advertirse que, el interés de autores estadounidenses por estudiar los procesos históricos -aunque también está presente aquellos de tipo literario y arqueológico- sobre México, inició hacia la mitad del siglo XIX. También es posible afirmar que sus conclusiones respecto a la tradición mexicana como objeto de estudio, las hacen extensivas para América Latina. Por otra parte, puede afirmarse que en dicho lapso descollaron dos grandes epicentros de actividad académica: uno desde la región de Nueva Inglaterra (Prescott); otro en California (Bancroft, Turner). Al iniciar el siglo XX, circunstancias como el fin del dominio español en el continente, su respectivo relevo hegemónico por parte de Estados Unidos, el estallido de la Primera Guerra Mundial, el fin de la fase imperialista y la crisis del 29, provocarán que los estudiosos de la realidad latinoamericana se enfoquen en temas cada vez más contemporáneos (por ejemplo, qué responsabilidad debía asumir la potencia del norte respecto a Latinoamérica).⁸

Lo “otro” no es sólo el pasado (como lo explica de Certeau), también puede ser lo extraño, lo ajeno, lo diferente y, en general, todo aquello que nos es difícil comprender.

Sobre *nuestro* autor

Escribo “nuestro” en itálicas por tratarse del objeto de estudio que he identificado y, a partir de ciertos datos e información y bajo un enfoque específico, construido. Expuesto lo anterior, ¿cómo posicionar al autor en las diversas líneas esbozadas? ¿Acaso

8 Pedro L. San Miguel, “Muchos Méxicos”. Imaginarios históricos sobre México desde Estados Unidos, p. 274.

encaja en esa tradición historiográfica norteamericana que data de mediados del siglo XIX?

Lesley Byrd Simpson nació el 21 de marzo de 1891 en St. Louis, Missouri y falleció el 23 de septiembre de 1984 en Berkeley, California. Al estallar lo que entonces se denominó la “gran guerra” de 1914 a 1918 (que después será conocida como Primera Guerra Mundial), este oriundo del medio-este se enlista en el ejército de su país donde sirvió como piloto de la fuerza aérea y alcanzó el grado de capitán. En la década siguiente comienza su formación; su interés en temas mexicanos puede decirse arranca con el estudio y aprendizaje del español (Bachelor of Arts in Spanish), para después continuar con su especialización (Philosophie Doctor In History). Ambos grados los obtuvo en University of California-Berkeley y es desde ahí donde elabora su obra.⁹

Su labor como historiador formó parte de lo señalado respecto al interés de diversos académicos estadounidenses sobre variados aspectos de la cultura mexicana. Así, un punto de partida es su libro *The Encomienda in New Spain: forced native labor in the spanish colonies*, publicado en 1929. El impacto del texto le brindó a su autor la posibilidad de volver a publicarlo bajo una versión revisada en 1950, con el título *The Encomienda in New Spain: the beginning of spanish Mexico*. Para 1970, se elaboró una versión al español intitulada *Los conquistadores y el indio americano*. En síntesis, el planteamiento versa sobre la población indígena de esa zona mesoamericana y la afectación que sobre ella tuvo la conquista (elaboración y aplicación de reglamentos, ordenanzas, leyes y estatutos como punto de partida de las tempranas instituciones coloniales). En dicha línea

⁹ Woodrow Borah, “Obituary. May 01, 1985. Lesley Byrd Simpson (1891-1984)”, *Hispanic American Historical Review*, (1985) 62 (2): 353.

argumentativa, aparecerá otra investigación de su autoría: *The population of central Mexico in the sixteenth century* publicado en 1948. La afinidad en cuanto al tema de investigación con otros colegas de su país, le valdrá integrarse a proyectos con historiadores por entonces reconocidos como W. W. Borah y Sh. F. Cook. Llama la atención que además del trabajo académico mencionado, Simpson desarrolló traducciones del español al inglés de obras de distinta índole (desde una de las más anticipadas biografías sobre Hernán Cortés escrita por Francisco López de Gómara hasta novelas de Mariano Azuela sobre la época de la Revolución Mexicana).¹⁰ El último dato no es menor, pues nos revela a un académico completo que no sólo estudió problemáticas propias del especialista (en este caso, acerca de la población indígena mexicana y las formas de control en un periodo de la etapa colonial), sino que contaba con una preparación sólida más allá de su área de investigación.

Sobre el texto

Como suele suceder en una investigación, quien la realiza se ve obligado a delimitar su objeto de estudio (es lo que en términos metodológicos se llama tomar una “muestra”). Ante la imposibilidad de abarcar el “todo”, se ubica y define una parte de ello para enfocar de la mejor manera posible el trabajo. En nuestro caso y luego de mostrar en líneas generales la tradición historiográfica estadounidense desde mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, decidimos tomar el texto ya mencionado de este historiador.

¹⁰ Woodrow Borah, “Obituary. May 01, 1985. Lesley Byrd Simpson (1891-1984)”, *Hispanic American Historical Review*, (1985) 62 (2): pp. 354-356.

Como se señaló, *Many Mexicos* fue publicada por vez primera en 1941.¹¹ Se trata de una síntesis sobre la historia de México, en la cual presenta de manera cronológica aquellos eventos que considera más relevantes. A juzgar por las subsecuentes ediciones del título en las siguientes décadas, se advierte que en Estados Unidos (y en otros países angloparlantes) resultó una publicación exitosa (situación extraña para el historiador profesional).¹²

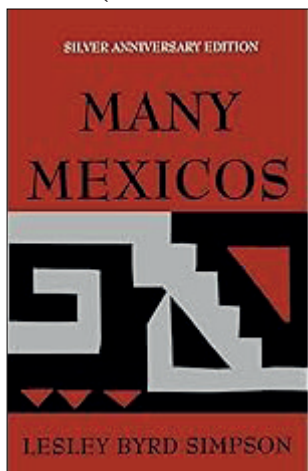


Imagen tomada de internet: <https://www.amazon.com.mx/Mexicos-Silver-Anniversary-Editon-Revised/dp/0520011805>

Pasemos ahora a la arquitectónica de la obrita. Para ello, tomamos la propuesta conceptual de José Gaos en “Notas sobre historiografía”.¹³ A decir del filósofo español exiliado en México,

11 New York, G. P. Putnam's son.

12 Hasta mediados de la década de 1960, contaba con 4 ediciones y 4 impresiones [1941, 1946, 1952 y 1966]. Para el presente trabajo, utilizamos la “cuarta edición revisada” [fourth edition revised] de 1969. Asimismo, la edición contiene los prefacios tanto de la tercera como de la cuarta ediciones y en ellos aclara algunos de los motivos de su obrita. En 1977, el Fondo de Cultura Económica publicó una versión al español, cuya traducción se acredita a Luis Monguío y al propio autor.

13 Apareció en *Historia Mexicana* [vol. IX, núm. 4, abril-junio 1960, pp. 481-508]. Para el presente trabajo, utilizamos la que forma parte de la

todo texto posee su articulación, composición y disposición;¹⁴ bajo tal premisa, es posible deducir que la preparación, el dominio y el conocimiento del autor sobre el tema, le permitió agrupar y exponer de manera coherente su versión de la historia mexicana. El libro tiene 389 páginas, lo componen 27 apartados y le acompañan 5 mapas (uno sobre la división política, otro sobre las condiciones geográficas, otro sobre precipitación y uno más sobre las órdenes mendicantes en la época novohispana). En la exposición de dichos apartados, pueden advertirse las tres “grandes etapas” de la historia nacional: el periodo colonial (donde muestra al lector que, como especialista, lo conoce bien), el siglo XIX -en el cual pone énfasis en tres figuras: Santa Anna, Juárez y Díaz- y el siglo XX (donde le llama la atención la constitución de un “nuevo” régimen político tras la Revolución). Un detalle que salta a la vista en esta breve exposición del contenido temático, es la ausencia del indio como elemento clave del relato. Dicho detalle llama la atención, si se toma en cuenta que una de sus líneas de estudio fue las condiciones de la población autóctona (como se señaló).

Los motivos del autor

Tratemos de explicar qué llevó a Simpson escribir el texto en cuestión. De entrada, se trata del trabajo de un académico con una sólida preparación y colocado en un ámbito profesional (para entonces, es un historiador reconocido con una trayectoria

compilación *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, publicada en 2015 por el Fondo de Cultura Económica.

14 José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, en *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, p. 244.

dilatada). Bajo tales circunstancias, desde el principio el autor deja claro que su interés es estudiar de la forma más equilibrada (científica) posible su objeto de estudio (México y los mexicanos). En el prefacio a la tercera edición, expone su justificación en los siguientes términos: *Mexico as a subject of discussion seems to be charged with emotion beyond reasonable necessity. There seems to be no comfortable halfway station in which to take shelter, pleasantly remote from extremes of love and hate.*¹⁵ Al reconocer las tempestades que genera ahondar en el pasado mexicano -como se explicó con la tradición historiográfica estadounidense desde mediados del siglo XIX-, este historiador opta por la mesura. Quizá ahí radica el éxito del texto entre lectores angloparlantes.

Al propio tiempo, advierte ciertos aspectos que aborda en su trabajo como “los hábitos” que conforman la cultura mexicana (*...the study of habit gives meaning to history*). En consonancia con lo anterior, también advierte que estar en el “sitio” (México) le permitió hacer una especie de lo que podríamos llamar labor etnográfica (*Notes of friendly observer...*), así como interactuar con personas durante el lapso que estuvo en nuestro país (*A lot of conversations...*). En dichas conversaciones asevera que no sólo habló con gente de cierta preparación (*schoolteachers, college professors and writers*); también admite haber platicado con personas de diverso oficio (*bus drivers, barbers, priest, politicians, hotel keepers, bartenders...*). Si nos atenemos a lo anterior, es posible concluir que tuvo un panorama amplio, variado y rico en cuanto a puntos de vista que escuchó.

Otro aspecto que resulta toral en este caso tiene que ver con el receptor del texto. Para el historiador profesional, el

15 Simpson, *Many Mexicos*, p. vi [Preface to the third edition].

lector suele ser alguien inmerso en el ámbito; es decir, puede ser un colega especialista que analiza y valora las aportaciones o los límites de una investigación, o bien algún estudiante interesado en el tema. En el caso de Simpson, sus lectores -al menos de este libro-, lo conforman un público más amplio. Al respecto, en el prefacio a la cuarta edición no oculta su satisfacción e indica: *The gratifying acceptance that Many Mexicos has long enjoyed carries with it a growing sense of responsibility towards its readers.*¹⁶ De entrada, me pregunto cuántos historiadores pueden concluir que su trabajo (en concreto, lo que escriben y publican), tiene un grado de aceptación en un potencial público lector. En consonancia con lo anterior, las ponderaciones que aparecen en la contraportada de la edición que ahora utilizamos -una de *Los Angeles Times* y otra de *New York Herald-Tribune*-, corroboran su éxito (palabra extraña en el ambiente académico). Para continuar con el contraste, tómese en cuenta lo que suele suceder con las actividades del historiador profesional: cada vez más alejadas de un posible lector y, por lo general, orientadas -diría asfixiadas- por las directrices burocráticas.

Primero *estar*, después *ser*

El tema con el que comienza el texto aludido, indica la relación de las culturas mesoamericanas con su entorno; es decir, se identifican las relaciones que vinculan a dichos pueblos con los territorios en donde se asentaron. A mi entender, tal premisa apuntaría a señalar elementos presentes en la naturaleza que acabaron otorgando una suerte de identidad a aquellas civilizaciones del México antiguo (puntualmente, Mesoamérica). En concreto,

16 Simpson, *Many Mexicos*, p. v [Preface to the fourth edition].

nuestro autor se centra en el maíz y cómo a lo largo de milenios se ha convertido no sólo en elemento de sustento alimenticio, sino también ha definido una identidad nacional.

Un primer aspecto que se destaca es considerar a dicha planta como invención de las culturas mesoamericanas (“...*progress of intelligent people*”, “*early American scientists*”).¹⁷ Por lo visto, ya no se trató de grupos que llegaban a asentarse en algún lugar y tomaban lo que estaba a su alcance para sobrevivir; a decir de Simpson, aquellas culturas modificaron dicho cultivo (domesticación y elaboración de variedades) para alimentar a sus poblaciones. Así, destaca como en multitud de grupos étnicos -mayas, toltecas, zapotecas, mixtecas, tarascos y aztecas-, lograron semejante invención (...*was one of the most important achievements of mankind anywhere*).¹⁸

Pese a reconocer ese “progreso”, en el libro se explica la manera en la que aquellos grupos indígenas fueron incapaces de desarrollar otras formas para abastecerse de alimento, convirtiendo de manera dramática dicha actividad en un monocultivo (*Maize would brook no competitors. It made ancient Mexico a one-crop country*).¹⁹ De tal manera que lo anterior limitó a los pueblos mesoamericanos al menos en dos sentidos: por un lado, su alimentación habría quedado reducida a esta planta; por otro, al concentrar buena parte de sus esfuerzos en producirlo, terminó como factor de “atraso”. El apartado remata sus argumentos atribuyendo al maíz el grado de destrucción tanto de las culturas indígenas como de su medio ambiente (*Maize extraits another and*

17 Simpson, *Many Mexicos*, p. 13.

18 *Ibid*, p. 13.

19 *Ibid*, p. 14.

*more insidious tribute from her slaves. It is one of the most soil-exhausting of crops...).*²⁰ Su conclusión aparece desde el título del capítulo: *Tyrant*; en efecto, un producto cuyo uso provocó una serie de problemas (deforestación, destrucción de tierras) que, al paso de los siglos, implicaría desgaste de los suelos y una posterior insuficiencia alimentaria para su población.

Con todo -y por contradictorio que parezca-, el maíz sigue siendo símbolo de *mexicanidad*. Asimismo, llama la atención que es el único apartado del texto donde da crédito a la población indígena en un plano general. Retomando el argumento inicial, aquella población indígena mesoamericana representada por el historiador estadounidense, pareció apelar a la naturaleza para constituir uno de sus principales rasgos identitarios.

Negación del pasado

En los años setenta del siglo anterior, Octavio Paz escribió sobre lo que consideraba “pendientes” de los mexicanos. En específico, se refería a su historia y a la manera en que cada etapa parecía negar la anterior. Su conclusión la planteó en forma de pregunta: “¿cómo reconciliarnos con nuestro pasado?”²¹

La Conquista sirve de ejemplo, pues hasta la fecha se sigue considerando como una muestra de barbarie, saqueo y dominación. Su consecución, el periodo colonial, no ha corrido con una suerte distinta, pues para muchos aun representa humillación. La fuerza de toda esa argumentación suele dirigirse a un personaje (Hernán

²⁰ Ibid, p. 15.

²¹ Octavio Paz, “Prefacio” en Jacques Lafaye, Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional, p. 18.

Cortés) y al férreo veredicto en su contra (villano). Ni dicho periodo, ni tal personaje serían los únicos ejemplos de ese resentimiento que sigue presente en muchos mexicanos.

Simpson dedica un apartado al extremeño y, en efecto, comienza por advertir que no hay lugar en nuestro país que haga alusión al conquistador (pueblo, villa, municipio, ni siquiera algún parque, colonia o avenida). Incluso señala a quienes, en su momento, hicieron “investigación” para elaborar su retrato; a dichos trabajos el historiador estadounidense los considera poco convincentes.²²

Al respecto, el autor indica una circunstancia que desde el punto de vista histórico resulta innegable: *In any case it is true that Cortés put end to Aztec power. And yet, while destroying that civilisation (or, rather, its political and religious structures), Cortés become the founder of modern Mexico, unless we are willing to deny all meaning to the word.*²³ Tal planteamiento puede -y debe- sustentarse en las condiciones de aquel siglo XVI -incluso antes-: me refiero al cúmulo de lo que hoy se consideran grandes acontecimientos -hallazgos, descubrimientos, conquistas-, que abrieron paso a la civilización moderna. Sin olvidar la destrucción que ello supuso, al mismo tiempo significó el inicio de algo nuevo; para las Américas, supuso la constitución de una nueva geografía política que, más adelante, hará posible la proyección de los Estados nacionales (entre ellos

22 Simpson, *Many Mexicos*, p. 23. En particular, habla de la arqueóloga Eulalia Guzmán (1890-1985) -a quien considera “an enthusiastic Cortés-hater”-, quien habría representado al conquistador a partir de adjetivos despectivos (“undersized”, “bowlegged”, “chinless”, “repulsive cretin”). Tales posturas permanecen y me hacen recordar un acontecimiento relativamente reciente: el retiro en octubre de 2020 de la estatua de Colón en la Ciudad de México.

23 Simpson, *Many Mexicos*, p. 26.

México). Incluso nuestro autor considera ciertos detalles en sus decisiones para matizar el actuar del conquistador; en tal sentido, al compararlo con otros conquistadores de la época como Pizarro en Perú o Nuño de Guzmán en Nueva Galicia, llega a la conclusión que Cortés no perpetró masacres innecesarias.

Al terminar el periodo colonial, comenzaría a permear aquella preocupación expuesta por Paz: el osado capitán español quedaría como villano y, por extensión, se niega ese pasado novohispano. Ejemplo de ellos fueron las posturas de liberales radicales (como I. Ramírez), quienes concluyeron que la tradición nacional comenzaba con el proceso de Independencia. Simpson lo expone así: *Since Independence, and especially since the Revolution of 1910, it has been the fashion among the liberals elements to decray of things Spanish, a fashion which of late has been carried to the absurd extreme of denying Mexico's Spanish heritage altogether.*²⁴ Hay algo que debe tomarse en cuenta tratándose de un estadounidense: y es que mientras en Estados Unidos su Independencia no significó ruptura con su pasado colonial -tradición, cultura, valores, historia-, en México lo que acompañó al proceso de emancipación fue no saber qué hacer con aquello de lo que alguna vez formaron parte. Lo anterior debe matizarse, pues voces cultas y moderadas del México decimonónico -por ejemplo, Vicente Riva Palacio hacia fines del siglo XIX-, ya anticipaban los argumentos de Simpson, en cuanto que Cortés y su actuar (Conquista) definieron el inicio de lo que al paso de los siglos será México.²⁵ Lo curioso, irónico y hasta paradójico de

24 Simpson, *Many Mexicos*, p. 22.

25 José Ortiz Monasterio, *México eternamente*. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia, p. 152 y ss.

esta referencia, es que Riva esgrimió tales reflexiones durante el Porfiriato y al amparo de dicho régimen (otro periodo de la historia nacional que, hasta la fecha, sigue estigmatizado).

Sobre “irregularidades” e “incertidumbres”

Para México, el siglo XIX supuso un periodo de refundación. Tránsito entre la etapa virreinal y el Estado moderno, durante ese lapso de tiempo se constituyeron muchas de las bases que aún sustentan la vida institucional del país. Sin embargo, en un vistazo a ese periodo de nuestra historia encontramos que dicho tránsito tuvo su grado de dificultad, y es que si bien se logró romper con el régimen colonial, durante décadas fue imposible instaurar otro estable y duradero; también están documentadas las incontables luchas intestinas que por distintos motivos -monárquicos-republicanos, centralistas-federalistas, conservadores-liberales, regiones-centro- se desataron en una sociedad heterogénea -mestizos, criollos, indígenas, mulatos, negros-; otro aspecto conocido es el poco desarrollo de las vías de comunicación en el territorio nacional lo que incidió en la aislamiento de ciertas regiones, en la consecuente irrupción de cacicazgos, incluso en la separación de entidades -Texas lo consiguió, Yucatán lo intentó-; asimismo, ciertas investigaciones indican la condición precaria -podría decirse al borde del colapso- de la economía nacional; por si todo esto fuera poco, hay que recordar las invasiones de los ejércitos estadounidense [1846-48] y francés [1862-66].

Todo este cuadro anómalo, Simpson lo explica de la siguiente manera: *It is not easy to follow the thread of reason through the generation following the Independence of Mexico. The loosely cemented strata of*

*colonial society had split apart in the cataclysm of 1810-1821, and their mending is still an uncertain and remote aspiration.*²⁶ Una pregunta podría orientar tal planteamiento para el México y los mexicanos de entonces: ¿qué hacer después de tres siglos de virreinato? No es un asunto menor, pues durante ese dilatado periodo se forjaron hábitos, valores, costumbres, solidaridades y todo un entramado de formas de actuar y de pensar que conformaron una *cultura cívica* -en este caso, anclada en el catolicismo. Hacia principios del siglo XIX se rompió con el dominio colonial español, pero dicha cultura perduraría.²⁷

Tal disyuntiva -entre Dios y la patria-, habría sido para nuestro autor el comienzo del caos (*...the beginning of the age of caudillos*).²⁸ Ante la ausencia de un poder central que impusiera orden, inevitablemente pulularon los “hombres fuertes” por todas las regiones del maltrecho país. A lo anterior, es necesario agregar los parámetros que este historiador estadounidense trae consigo, como es el caso del republicanismo, la democracia y el liberalismo (*...no body of citizens*).²⁹ Por supuesto, México adoleció por generaciones de una ciudadanía que articulara al nuevo Estado. Tales condiciones las sintetiza en una ingobernabilidad crónica (*It was a lawless society*).³⁰

Por contradictorio que parezca, en ese mar de inestabilidad Simpson ubica a un personaje que considera fue capaz de apelar

26 Simpson, *Many Mexicos*, p. 230.

27 Brian Connaughton, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria. Religión, identidad y ciudadanía en México, siglo XIX*, p. 99 y ss.

28 *Ibid*, p. 230.

29 *Ibid*, p. 230.

30 *Ibid*, p. 231.

a la legalidad: Benito Juárez (...*the man of law*).³¹ Lo presenta en los siguientes términos: *Juárez faced the most appalling conditions that any Mexican president ever faced, economic and political chaos, but he faced them confidently, or stoically. He meant to weld all factions into a nation, a nation ruled by Law.*³² Como se sabe, se refiere a que el oaxaqueño de origen zapoteco como jefe de Estado asumió el mando en momentos de invasión y luchas intestinas que llevaban décadas, así como de crisis económicas y políticas constantes. Sin exagerar, el país experimentaba su mayor prueba para convertirse en Estado soberano.

En tal línea argumentativa, Simpson -de nuevo-, pone el dedo en la llaga al señalar lo extraño, anómalo, incluso grotesco de la experiencia decimonónica mexicana: en este caso, el arribo al poder -años más tarde-, de Díaz. Cómo fue posible tal némesis, es una pregunta que el académico norteamericano parece no poder explicar. Al respecto, escribe: *It is one of many charming inconsistencies of Mexico that Porfirio Díaz, the military caudillo and bitter enemy of Juárez, should have succeeded the Lawgiver of Oaxaca and ruled Mexico for a third of century as an irresponsible despot, under the cloak of the liberal Constitution that Juárez and his devoted company had fought so long to establish.*³³ Parecería que nuestro autor expusiera el paso de lo sublime a lo ominoso, de la cordura a la insensatez; en efecto, esas “encantadoras inconsistencias” devinieron en dictadura (Porfiriato). Al referirse a la *Pax Porfirinana*, este historiador concluye que su precio fue alto: *It threw Mexico back into the hands of an irres-*

31 Ibid, p. 270.

32 Ibid, p. 285.

33 Ibid, p. 287.

*ponentsible autocracy, without the Law of the Indies or the salutary fear of a royal visitor to curb it. There was no law but the will of Don Porfirio.*³⁴ Pero lo difícil de explicar y comprender no termina ahí, pues resulta que el gobierno que encabezó aquel “irresponsable déspota”, logró imprimir cierta estabilidad (a costa de las libertades) que la nación había perdido durante aquella centuria.

Como lo afirma un renombrado historiador contemporáneo, el siglo XIX (no sólo en México, también en América Latina), da la impresión de haber sido un periodo extraño, cuyo sello se asemeja al caos y la anarquía.³⁵ Con todo y su dosis de contradicción, tal disyuntiva resultó el inicio de los modernos Estados nacionales para la referida región.

El México ¿moderno?

Nuestro autor cierra el texto en cuestión abordando la Revolución de principios de siglo XX y el régimen que emanó de dicho proceso. Para Simpson, se trató de una serie de cambios (nuevas instituciones, nueva constitución, nuevos líderes), pero dentro del modelo político-económico vigente. Su argumento es el siguiente: *A new capitalist class had come into being during the Obregón-Calles régime: generals, provincial caciques, and labor racketeers. The money was invested the land and industry. The revolutionary plutocrats found themselves same boat with their ancient enemies, the old-hacendado-clergy-foreigner complex of Don Porfirio's day. Like Díaz, Calles was the policeman of the New Order. He was also the principal beneficiary.*³⁶ Ese capitalismo -ya afianzado

34 Ibid, p. 293.

35 Elias José Palti, El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado, p. 13.

36 Simpson, Many Mexicos, p. 316.

en la época de Díaz y que pudo mantenerse durante las etapas más violentas de la guerra civil-, prosiguió con los nuevos jefes (autodenominados) “revolucionarios”. Si bien sólo se mencionan a Obregón y Calles, quienes les sucedieron (Cárdenas, pero sobre todo durante el periodo de Miguel Alemán), configuraron a partir de una serie de políticas ese “nuevo orden”. Una de esas políticas fue constituir una institución capaz de aglutinar los diversos estratos de lo que se llamó “familia revolucionaria”. *The Party of the Revolution, renamed the Institutional Revolutionary Party (the PRI), has become a vast bureaucracy with endless proliferations, and each cell is presided over by a functionary who owes the party his loyalty and his livelihood. The President is the titular head of the official family and is bound by the same discipline as the others members. He is the front man of a monolithic hierarchy and he has obey its mandates. For better or for worse, Mexico has become a corporate state under the direction of the Party, and it is the President’s job to make its program work and to see that the Party gets the credit.*³⁷ Fundado en 1929 como Partido Nacional Revolucionario, fue un esfuerzo estratégico para integrar a los distintos bandos (políticos, militares) presentes y activos por todo el país. Rebautizado como Partido de la Revolución Mexicana en 1938, para finalmente quedar como Partido Revolucionario Institucional en 1946, significó la institucionalización del corporativismo (fase necesaria para la estabilización nacional).

Bajo estas condiciones, en el texto se concluye que ese entramado institucional resultó la base para un Estado (autoproclamado) revolucionario con tintes paternalistas. Más precisamente, Simpson destaca dicho *welfare state* en los rubros

³⁷ Ibid, p. 330.

político y económico; así, a partir de la década de 1940 el régimen promovió la industrialización -que nuestro autor califica como “mito”, al ser protegida por el propio Estado-, creó empresas paraestatales que siguen operando -con muchas dificultades- hasta la fecha y controló vía corporativismo (sindicatos y líderes) a buena parte de los contingentes obreros. Todo este parcial y relativo desarrollo, contrastó con un control cada vez más férreo por parte de dicho régimen hacia las libertades -individuales y de grupo. Lo anterior no es un dato menor, pues si bien en este texto se menciona a grupos opositores como el sinarquismo (*a kind of mexican Carlist crusade... feeding on the myth of Spanish glory*)³⁸ y a un incipiente Acción Nacional (*conservative catholic*)³⁹, su actividad e impacto por ese tiempo resultó acotado.

Pero no todo fue política en el sentido más estricto del término. Muestra de ello fue la serie de acontecimientos artísticos e intelectuales que acompañaron el proceso revolucionario. Al historiador estadounidense le llama la atención tal eclosión cultural que acompañó al movimiento revolucionario y afirma: *The Revolution could hardly fail to stimulate literary expresión, although its turbulence and the lack of a large reading public prevented a flowering comparable with that of the plastic arts.*⁴⁰ En efecto, la mención a personajes como Mariano Azuela, Gregorio López y Fuentes, así como a Martín Luis Guzmán es por la ponderación de sus respectivas novelas cuya relevancia se mantiene hasta nuestros días. A ello agrega la notable obra de artistas plásticos que dio vida al *muralismo mexicano*.

38 Simpson, *Many Mexicos*, p. 336.

39 *Ibid*, p. 340.

40 *Ibid*, p. 314.

Al final y pese a los “logros” de la Revolución, dos circunstancias le preocupan al autor sobre México respecto a su futuro: por un lado, una agricultura atrasada; por otro, una población cuyas proyecciones indicaban que en pocas décadas se multiplicaría. ¿Cómo será posible que este país sea autosuficiente?

Pocos años más tarde de la primera edición del texto que abordamos, circularía una reflexión adusta -y, en su momento, incómoda- acerca de lo que ocurría por ese entonces en nuestro país. Me refiero a Daniel Cosío Villegas quien publicó a principios de 1947 un texto titulado “La crisis de México”⁴¹ -que, por cierto, Simpson menciona. Se trató de un diagnóstico y, a la vez, proyección sobre la situación nacional; planteó una conclusión (la Revolución había terminado) y se preguntó qué pasaría con México. En un momento de aparente estabilidad -incluso de cierto desarrollo-, este académico mostró su preocupación debido a la ausencia de un programa que orientara a la nación.⁴² Pero la mayor de sus preocupaciones era que se repitiera aquello con lo que la Revolución había terminado: un régimen (Porfiriato) cuyo pilar fuera -de nuevo-, un hombre fuerte (en este caso, quien ocupara la Presidencia). La forma como culmina su texto Simpson respecto a cómo enfrentaría México sus problemas más inmediatos: acceso a alimentación y explosión demográfica,

41 Originalmente se publicó en Cuadernos Americanos, marzo de 1947. Asimismo, del 1 al 4 de abril de ese año se reprodujo -sin permiso de su autor-, en el periódico Excelsior. También se publicó en Extremos de América, FCE, 1949 y en su versión al inglés por University of Texas Press, 1964. Para este trabajo, utilizamos la edición presente en la compilación *El intelectual mexicano y la política*, 2002.

42 Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, p. 26.

se asemeja a lo que poco después escribirá Cosío. La referencia del historiador estadounidense al politólogo mexicano se debe a que compartieron una misma preocupación en cuanto al devenir nacional. Resulta llamativo que tal preocupación irrumpiera a contrapelo de la época; es decir, ambos académicos cuestionaban el optimismo del régimen.

Consideraciones finales

Puesto que el propósito es acercarnos a un historiador y su respectiva propuesta historiográfica, ello obliga a reconocer la peculiaridad del objeto de estudio. Me refiero a que más allá de cuestiones de enfoque -ubicarlo en una tradición- o aspectos de tipo técnico -conceptualizaciones, teorías, metodologías-, las cuales permiten abordar dicho objeto de interés, el intento no deja de tener su carga subjetiva -especulativa, incluso. De tal manera que cuando se expone en este trabajo que Simpson argumenta, señala o refiere tal o cual cosa sobre México y los mexicanos, hacemos alusión a la forma en la que construimos *nuestro* objeto de estudio. En otras palabras, diré lo que ya todos sabemos y solemos dar por sentado: los datos -en este caso, autor, texto y época- los construye quien investiga para darle sentido a su indagación. Lo que se acaba de presentar sobre Simpson y su libro, es una lectura entre otras tantas posibles a partir de cierta información que pudimos conseguir y procesar. Así, quedamos a la espera de más y mejores argumentos que permitan conocer otras miradas sobre la historia nacional.

Ahora bien, en lo que corresponde al contenido del libro, su autor recurre a referencias de opuestos; es decir, se plasma cierta

tensión entre “sujeto de estudio” (historiador estadounidense) y “objeto de estudio” (México). Parte de tal tensión está presente en ese “encuentro/desencuentro”, en cómo el observador lidió con “lo otro”, con aquello que le es “ajeno”, “distinto”, “distante” -idioma, religión, tradiciones, historia. Ello nos lleva a una tensión más paradójica: el problema -para Simpson- de acercarse a “lo otro”, siempre manteniendo la distancia como historiador profesional que busca objetividad. Así, como integrante de la comunidad académica estadounidense nota en el vecino del sur condiciones de “atraso” y “subdesarrollo”, ambos símbolos de una “barbarie” con la que parece identificar a nuestro país. Por lo anterior resulta curioso -por decir lo menos-, notar en su escritura cierta simpatía por dicho vecino y sus habitantes -pese a esa imagen sombría e inquietante que construye.

Tales nociones acerca de “lo otro” encontradas en la argumentación del historiador estadounidense, nos remiten a una serie de *métarécits*; es decir, aquellas grandes síntesis teórico-conceptuales mediante las cuales la *modernidad* se legitima a sí misma. Si, como se ha planteado a partir del punto de vista historiográfico, el epicentro lo representa Estados Unidos como cumbre del modelo civilizatorio occidental, entonces les resultará “legítimo” exponer -e imponer- asuntos relativos a la democracia, el liberalismo, el progreso encuadrados en una suerte de “metarrelatos modernos”.⁴³ La historia -como campo que estudia el pasado- y la historiografía -su expresión más concreta-, no escapan a esas formas de legitimidad; por tanto, México y

43 Mauricio Tenorio, “De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera”, *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 4, abril-junio 1996: 916.

los mexicanos -con sus tradiciones y en sus circunstancias- parecieran quedar fuera de esas meta-narraciones. Quizás por ello para Simpson fue “difícil encontrar el hilo de la razón” al indagar la historia de México; sus parámetros de historiador estadounidense y nuestra realidad no encajaron, a pesar de tratarse de alguien que se consideró “amigo” del país vecino.

Otro aspecto para destacar es el posible impacto que la obra de este historiador habría tenido en historiadores estadounidenses posteriores. De la pléyade de investigadores interesados en el estudio de nuestro país, en particular ubico a John Womack, Jr., quien décadas más tarde también tomará una parte de México como objeto de estudio. Dicha aventura culminará con la publicación *Zapata and the mexican revolution* en 1969, donde -en contraste con Simpson-, la población indígena destaca por el papel desempeñado en el proceso. La principal diferencia en la propuesta de ambos autores resulta sutil: en lo que respecta a Simpson, elabora una historia general, mientras que Womack hace una investigación especializada sobre un proceso histórico específico. Pese al detalle señalado, los textos pueden catalogarse exitosos en sus respectivos ámbitos: *Many Mexicos* dedicado a un público general y *Zapata* a otro más especializado.

Por otra parte, si bien puede identificarse al libro de Simpson de “divulgación” -termino que mantiene una carga despectiva en el ámbito académico-, es necesario advertir que los datos e información que lo sustentan son propios de un trabajo acucioso. En tal sentido, se advierten dos tipos de fuentes: bibliográfica y oficial. La primera corresponde a investigaciones de especialistas, desde aspectos relativos a la industrialización (S. Mosk) hasta cuestiones culturales (J. T. Lanning). Incluso integró textos que,

en su momento, renovaron los estudios sobre los pueblos indígenas (Ch. Gibson), hasta otros que incomodaron al régimen en México (O. Lewis). En lo que corresponde a la información oficial, el autor recurre a las Secretarías de Desarrollo y Economía -en particular para asuntos de geografía, así como aspectos de políticas públicas durante la primera mitad del siglo XX.

El impacto del texto en la actualidad puede ponderarse a partir de las menciones por parte de algunos académicos. En México, Pedro Sanmiguel -citado en este artículo-, es uno de los historiadores que recientemente ubicó el texto (así sea para señalar limitaciones y aun cuando no se centre en él). Si ahora nos acercamos al librito, es para mostrar los posibles ángulos que existen para el estudio de los procesos históricos. En este caso, los mexicanos podemos vernos a nosotros mismos a través de la mirada del *otro*.

Por último, cabe mencionar algunos aspectos de tipo metodológico presentes en la propuesta estudiada. En específico, llama la atención la forma en que el autor sigue los preceptos del modelo historiográfico dominante del siglo XIX (remitirse a los “hechos”), propia de la escuela germano parlante.⁴⁴ Así lo atestiguan sus datos geográficos (territorio, costas, montañas, ríos), demográficos (población) o económicos (productividad). Tal premisa que suele atribuírsele a Ranke -considerado “padre” de la historia *moderna*-, apuntaría a consignar “lo que realmente pasó”. Bajo tal planteamiento, Simpson ve y se acerca a México como el “hecho” definido por sus condiciones y, al mismo tiempo, definible por el historiador que lo estudia (a partir de

⁴⁴ Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?*, p. 57.

conceptos, teorías y metodología). Junto a lo anterior -y aunque parezca contradictorio-, en el libro es posible identificar cómo su autor “califica” a los mexicanos (“antiguos” y del siglo XX, novohispanos y decimonónicos); tal presentación del “otro” se basa -inevitablemente-, en sus inquietudes, pasiones, ideas y prejuicios -que, por lo demás, todos tenemos. A eso agregaría la creatividad, la curiosidad y la preparación del autor para (re) presentar a un país tan complejo como México.

Referencias

Aguirre Rojas, Carlos Antonio. *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* España: Ediciones de Intervención Cultural, 2004.

Borah, Woodrow. “Obituary. May 01, 1985. Lesley Byrd Simpson (1891-1984)”. *Hispanic American Historical Review*, (1985) 62 (2): 353-356.

Certeau, Michel de. *L'Écriture de l'histoire*. París: Éditions Gallimard, 2002.

Connaughton, Brian. *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria. Religión, identidad y ciudadanía en México, siglo XIX*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Fondo de Cultura Económica, 2010.

Cosío Villagas, Daniel. “La crisis de México”. En *El intelectual mexicano y la política*. México: Joaquín Mortíz/Planeta/CONACULTA, 2002.

Gaos, José. “Notas sobre la historiografía”. En *La teoría de la historia en México (1940-1968)*. Selección y prólogo de Álvaro Matute. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

Ortiz Monasterio, José. *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*. México: Instituto Mora/Fondo de Cultura Económica, 2004.

Palti, Elias José. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2007.

Paz, Octavio. “Prefacio”. En Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de*

la conciencia nacional. Abismo de conceptos: identidad, nación, mexicano. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

San Miguel, Pedro L. “Muchos Méxicos”. *Imaginario histórico sobre México en Estados Unidos*. México: Instituto de Investigaciones José María Luis Mora/Consejo nacional de Ciencia y Tecnología [Historia social y cultural], 2016.

Simpson, Lesley Byrd. *Many Mexicos*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press/London: University of California Press, Ltd. [Fourth edition revisited], 1969.

Tenorio, Mauricio. “De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera”, *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 4, abril-junio 1996: 899-925.

Tenorio, Mauricio. “Viejos gringos. Radicales norteamericanos en los años treinta y su visión de México”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales* (1991) 21 septiembre-diciembre: 95-116.